

Ética y Política en la sociedad pluralista y postideológica de hoy

por **D. Bartolomeo Sorge**

*Conferencia pronunciada
el 16 de mayo de 1995*

Forum Deusto

Ética y Política en la sociedad pluralista y postideológica de hoy

por D. Bartolomeo Sorge, S.J.*

Lo primero que quiero decir, agradeciendo la presencia del Magnífico Rector y demás asistentes, es que voy a hablarles en castellano. Espero pues que me perdonen desde el comienzo por todos los fallos que pueda cometer.

Para comenzar mi exposición, voy a hacer una reflexión fundamental que ayude a entender el tema en el que el Forum-Deusto ha querido profundizar este año: «Hacia una nueva sociedad: innovación y cambio». Se me ha pedido que desarrolle dentro de este ciclo el tema de ética y política y me alegro de que así sea, pues pienso que éste es un punto clave en el desarrollo de la nueva sociedad que todos queremos alcanzar. En cuanto al esquema de mi ponencia, primero voy a hacer una introducción para entender qué tipo de crisis estamos viviendo. Tengo la impresión de que muchos viven la crisis de hoy sin entenderla: ¿a dónde vamos?, ¿qué está pasando?; y es importante entender el por qué de esta crisis, porque no es una crisis como las demás, es una crisis particular. Inspirándome en la antropología cultural, voy a hablarles

* Bartolomeo Sorge, S.J., nació en Isola d'Elba (Italia). En 1946 entró en la Compañía de Jesús, y se ordenó sacerdote en 1958. Es licenciado en Filosofía por Milán, en Teología por la Universidad de Comillas en España, en Sociología por la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma y en Ciencias Políticas por la Universidad Estatal de Roma. Desde 1973 hasta 1985 fue Director de la Revista *La Civiltà Cattolica*. En 1979 fue invitado del Papa como experto a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en la Puebla (México). Desde 1985 es Director y Superior del Centro de Estudios Sociales de los Jesuitas de Palermo. Desde 1986 es también Director (y fundador) del Instituto de Formación Política «Pedro Arrupe» de Palermo. Además de la redacción de *La Civiltà Cattolica* (1960-1985), Sorge ha publicado numerosos escritos, entre los que recordamos: *Capitalismo, scelta di classe e socialismo*, *La ricomposizione dell'area cattolica in Italia*; *Uscire dal Tempo*, *Cattolici e politica*, *I cattolici e l'Italia che verrà*, etc.

de la diferencia que hay entre cultura y civilización para entender que estamos en una crisis de civilización —donde está cambiando la cultura— y que se trata también de una crisis estructural.

Creo que la sociedad en que vivimos se enfrenta en este momento a tres retos que el siglo xx nos ha dejado en herencia. Son los nudos fundamentales de cuya solución depende el futuro del mundo, y si nuestra generación no contribuye a solucionarlos, habremos perdido el camino de la historia. Estos tres desafíos son:

- La corrección del capitalismo, que después de la caída del socialismo real es la única solución para un desarrollo nuevo del mundo.
- La corrección de la democracia, que es el instrumento más fecundo de participación de los pueblos al bien común.
- El problema de la calidad humana de vida.

La solución de los dos primeros nudos hay que buscarla, en mi opinión, en una cierta «alma ética» que hay que dar a la política. El camino es sintetizar ética y política, si no vamos a salir vivos de la crisis presente. En cuanto al tercer punto, pienso que sin el fundamento religioso, sin Dios, la ética por sí misma no basta. Hay que fundar la ética en el absoluto y el absoluto es Dios.

Una premisa fundamental que a mi modo de ver hay que hacer es distinguir entre cultura y civilización. La cultura se puede definir, según el Concilio, como el discurso sobre el hombre, ya sean los valores, el sentido de la familia, de la persona, los derechos fundamentales reconocidos, etc. Además de los valores hay que tener en cuenta las costumbres, que se pueden traducir en el arte, la literatura, la manera de ser de un pueblo. El conjunto de estos elementos, valores, costumbres, religiosidad popular, es el alma de la civilización. Las estructuras sociales y jurídicas se construyen animadas por ella, de manera que la cultura no queda nunca como un discurso teórico, en el aire; siempre se traduce en estructuras como pueden ser el Derecho, la forma del Estado, la educación. Las estructuras se realizan movidas por la cultura.

La civilización se puede definir como una cultura realizada o estructurada. La civilización puede también durar siglos. Por ejemplo podemos decir que la civilización industrial, la modernidad ha durado tres siglos; las generaciones ponen en diferentes momentos históricos equilibrios distintos y sin embargo queda el cuadro general de los valores. Mientras dure el cuadro general sigue una época, y las crisis entonces se definen como coyunturales. Pero de vez en cuando entra en crisis el cuadro general de los valores, por lo tanto la cultura entra en

crisis y esta crisis de la cultura produce la crisis de las estructuras, de la civilización. Cuando esto sucede, termina una época y empieza una nueva. No hay fechas definidas, pero a veces acaece. Creo que esto es lo que nos está ocurriendo ahora a nosotros.

La crisis de estos últimos decenios del siglo xx no es una crisis coyuntural como las miles que hemos tenido. Es una crisis estructural, porque está cambiando la cultura que es el alma de la civilización. De ahí las contradicciones terribles de cada época de transición: hay confusión, no sabemos cómo avanzar, nos faltan los modelos a seguir. Tenemos que ser la generación del radar, tenemos que seguir sin modelos para preparar una nueva síntesis cultural que sea el alma de una nueva estructura, de una nueva civilización. La misión de nuestra generación histórica es pues terriblemente desafiante, porque nos ha tocado pasar de la cultura y la civilización moderna a la cultura y la civilización postmodernas, así denominadas porque nadie tiene el coraje de decir en qué consisten exactamente.

¿Cómo se puede conocer la naturaleza estructural de una crisis? Cuando las estructuras fundamentales de la convivencia civil y social se hunden. Hoy, la crisis de la familia, por ejemplo, no es una crisis coyuntural, del tipo de una riña entre la pareja que en seguida se solventa. Hoy, según está tratando de definir la Unión Europea, hay familia verdadera allí donde hay una pareja con hijos. Si por ejemplo la pareja se compone de dos homosexuales que han adoptado a un hijo, se considera que esta unión tiene que valer como familia. Es una crisis estructural, porque ya no es el valor de la familia el que inspira la estructura familiar. Del mismo modo se puede analizar la crisis de la enseñanza, de las escuelas y universidades, extendida prácticamente de la misma manera por toda Europa. Nos está costando mucho acabar de definir la reforma de la enseñanza porque vemos que las escuelas ya no son capaces de formar generaciones para la vida. El problema es que la escuela como estructura, la herencia que tenemos, ya no está adecuada para el futuro. En el mundo del trabajo subyace también una crisis estructural, porque las nuevas tecnologías y la manera informática y cibernética de producir están cambiando la manera de producción capitalista. Hay que repensar el mundo del trabajo. Es por supuesto una crisis coyuntural, ya que la economía tiene sus altos y bajos, y sin embargo se añade también a ella una crisis estructural. Y así podríamos continuar.

Esta crisis estructural de la cual tiene que surgir la nueva sociedad presenta tres problemas fundamentales, sobre todo en el seno de las sociedades avanzadas de Occidente que están saliendo de la moderni-

dad. El primer reto a que nos hemos de enfrentar el próximo siglo es corregir el capitalismo. Después de la caída del Muro de Berlín hoy sabemos con seguridad que el socialismo no ha sido capaz de realizar el sueño que los profetas marxistas y muchos pueblos han deseado. Sin embargo, como dice el Papa en la *Centesimus Annus*, el fracaso del socialismo real no significa la victoria del capitalismo. Existe el siguiente peligro: durante la época que precedió a la caída del muro de Berlín, las ideologías empujaban a la gente a ser generosa. He conocido compañeros que se alegraban de haber sido torturados e incluso de entregar la vida por un ideal. El error fundamental cultural de la modernidad ha sido éste: procurar sustituir la cultura de los principios éticos fundamentales del hombre —que son también los principios cristianos— por las ideologías. Es cierto que las ideologías han producido muchas cosas buenas. El siglo xx que ahora muere, no es un siglo inútil. Hemos alcanzado logros estupendos en medicina, ciencia, comunicaciones, etc., y sin embargo el siglo xx ha sido también un siglo terrible ensangrentado por guerras, injusticias, desequilibrios humanos y económicos. ¿Por qué esto? ¿Es que realmente el fracaso de las ideologías nos da a entender que hemos de volver a la ética?

Solamente dotando al capitalismo de un alma ética podemos vencer la pobreza y conseguir un mundo mejor. Hemos visto que el mismo capitalismo sin alma ética ya no sirve al hombre. La crisis de los Estados Unidos, que son la potencia económica más grande del mundo, ha sido tal porque si no se desarrolla el Sur del mundo, en particular América Latina, ni siquiera los Estados Unidos pueden seguir avanzando. Todos los problemas que hoy surgen son problemas planetarios. Ninguna nación puede por sí misma solucionar sus problemas. O avanzamos todos juntos o morimos todos juntos, y los problemas son éstos. Por otro lado hemos visto que si la economía libre de mercado se abandona a sus leyes de concurrencia absoluta, en lugar de ayudar a los pobres a vivir como merecen en cuanto hombres, los ricos serán cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Hay algo en el sistema económico que no funciona y lo que falta es el alma ética. Hoy lo tenemos todo y somos menos. Es realmente el «tener» lo que nos quita el «ser». Hemos perdido la capacidad de amar, de convivir, de disfrutar del arte y la naturaleza, y así no debería de ser la vida humana. Hay por lo tanto que poner al hombre, a la figura humana, en el centro del sistema económico. Lo que me da miedo es el choque que hoy en día existe entre dos culturas. Por un lado, existe una cultura neoliberalista, que todo lo quiere medir con el metro de la eficiencia. Por otro lado, existe otra cultura más tradicional, la del

pensamiento social de la Iglesia y la cultura occidental cristiana. Para ella la eficiencia también es importante: ¿Cómo vamos a destruir la creatividad de la economía libre de mercado? Pero al mismo tiempo hay que juntar la economía con la solidaridad, porque sino no sólo no habrá paz, sino que habrá injusticia, opresión y pobreza increíbles, porque siempre ganan los más fuertes. No es justo que distintos pueblos tengan diferentes posibilidades. Y tampoco el asistencialismo es una solución; hay que proporcionar a los países más pobres los instrumentos para que ellos mismos sean, con su creatividad, los protagonistas de su evolución. Este creo que es el primer problema estructural de nuestra época.

El segundo nudo es el problema de la democracia. Después de la caída del socialismo real, hoy no cabe duda de que la democracia es la mejor forma de gobierno y de participación del pueblo para la realización del bien común. Sin embargo, y creo que esto hay que decirlo con toda claridad, no basta que tengamos las reglas democráticas mejores del mundo. Es un engaño pensar que cambiando la ley electoral emergerán países nuevos. La democracia es un instrumento; entonces hay que ver cuáles son los valores, el alma, la ética de un gobierno democrático y de nuestra constitución, para ver cuáles son los valores del pueblo, que son a su vez el fundamento de la casa común. Por otro lado hay que ir transformando las instituciones, pero sin olvidar que el elemento central de una democracia madura es el hombre. Si no tenemos políticos limpios y capaces, es inútil tener las mejores reglas formales. Hay que ir más allá de una pura legalidad formal, porque ésta es la muerte de la democracia.

Por ponerles un sencillo ejemplo, el derecho laboral ha alcanzado progresos extraordinarios, sin sangre, sin lucha violenta, sin matanzas. La democracia como método es el instrumento más digno para alcanzar fines útiles a todos. Hoy tenemos las horas de trabajo determinadas, las vacaciones pagadas, etc., conseguidas sin lucha armada gracias al sistema democrático. El método empieza a ser opresivo, aunque sea democrático, cuando la mayoría de un pueblo vive bien y los pobres son minoría. El instrumento democrático, que idealmente tendría que ser el instrumento de elevación de los pobres para que no hubiera desequilibrios injustos, puede llegar a ser instrumento de opresión si le falta el alma ética.

La democracia sin ética hace del poder —que tan sólo debería de ser un instrumento— el fin en sí mismo. Tenemos que procurar el poder para hacer política; pero muchos hacen política para alcanzar el po-

der. Esta es la crisis ética de la democracia, la partitocracia es realmente un virus que la mata. En mi opinión hace falta una revolución auténtica que encuentre un alma ética para la democracia. Pero, ¿dónde vamos a buscarla ahora que se han acabado las ideologías? Creo que es el momento de empezar a caminar juntos a partir de nuestras constituciones democráticas, donde están impresos los valores del pueblo. Estos valores son el fundamento de la Europa del mañana, ¿por qué entonces no empezar a ver cuáles son los valores verdaderos de la gente y después de las divisiones ideológicas construir una casa común?

Creo que no existe el error puro. Ninguna persona humana es capaz del error puro. La inteligencia está hecha por la verdad, por lo tanto aunque uno se adhiera a unas ideas falsas, materialistas, siempre hay una parte de verdad. El Papa Juan XIII nos enseñó que hay que procurar buscar la parte de verdad que hay en cada hombre y cada conciencia para seguir adelante. Ahora bien, lo que pasaba hasta ayer era lo siguiente: las ideologías tenían ciertamente partes de verdad, pero su error estaba en la absolutización de éstas hasta llegar a hacer de ellas la lectura de todo lo real. La historia ha relativizado las absolutizaciones falsas de las ideologías, pero así ha hecho resaltar aquellos elementos de verdad que están presentes en cada elaboración cultural. Por lo tanto es posible realmente que hoy en día nos encontremos por ejemplo todos los europeos sin muros de división, empezando el camino por los elementos comunes de verdad que tenemos como hombres y como sociedades. Esta es la esperanza del día de mañana.

Me gustaría introducir aquí una observación sobre la relación entre justicia y solidaridad. Pablo VI dijo un día hablando a los campesinos de Bogotá que la justicia es el primer peldaño hacia la caridad. En efecto, la justicia es fundamental. Luchar por la justicia es amar. Romero ha sido asesinado no porque creía en la Santísima Trinidad, sino porque amaba. Los mártires de los tiempos nuevos no caen porque creen, sino porque aman. Se tiene miedo del amor porque cambia las culturas y las mentalidades. La lucha por la justicia es pues amor, pero la justicia por sí misma es fría. La justicia no perdona, pero debería de hacerlo si el mal ha sido redimido.

Así pues la civilización del mañana tiene que ser fundada sobre la justicia, pero también sobre la solidaridad y el amor. Yo medité sobre esto cuando explotó la terrible Guerra del Golfo, donde se utilizaron las armas más sofisticadas y crueles vistas hasta entonces. Esta guerra pudo ser combatida sin contradecir ningún artículo del Derecho Internacional, porque todos los países estaban de acuerdo con ella. Con la

guerra no ganó la justicia, sino el más fuerte. Si Hussein hubiese sido más fuerte que los Estados Unidos, él hubiera ganado. Pero esto no es justicia. Si la justicia no posee una alma ética, no puede tampoco ser solidaria. Y la solidaridad muchas veces previene; la ley se hace después. La opción preferencial por los pobres nació también así, no de una ley, sino de la solidaridad, del amor. Lo mismo ha ocurrido con la ley de objeción de conciencia, que nació de la solidaridad y de la necesidad de entender los sentimientos más profundos del hombre. He aquí la necesidad de una ética solidaria, de un amor que no sea sentimiento sino que sea entrega, trabajo, lucha por la justicia y la fraternidad.

Finalmente, el tercer desafío del nuevo siglo va a ser el de la calidad de vida, y mi opinión es que sin Dios no hay posibilidad de realizar una comunidad ética. A mí me impresionó mucho lo que experimenté en un viaje que hice a Moscú unos quince días antes de que cayera el muro de Berlín. Estábamos allí 80 profesores de universidades italianas y 80 profesores de Moscú y fue una experiencia extraordinaria. El primer día dijo así el Presidente soviético: «La crisis del Imperio Soviético nace no sólo de la crisis económica, que es muy grande, sino del hecho de que hemos descubierto la espiritualidad del hombre.» Allí ellos reconocieron, mientras trabajábamos sobre derechos humanos, que estaban descubriendo la necesidad de la religión para fundar la unidad ética del pueblo soviético. De manera que el hombre y Dios viven juntos. Todas las veces que el hombre pierde a Dios, se pierde a sí mismo, pero siempre que el hombre se descubre a sí mismo, no lo puede hacer sin descubrir a Dios. Esta es la experiencia que he vivido personalmente en Moscú, donde después de cincuenta años de ateísmo científico pude oír decir que la religión debería de ser el fundamento del derecho y de la ética del pueblo soviético.

Por lo tanto, en este momento de crisis ideológica, en este final de la modernidad que estamos viviendo, he aquí la razón por la cual también la cultura laica y las culturas exideológicas vuelven a mirar con interés a Jesucristo y a la Iglesia, y se preguntan, aunque no tengan fe, ¿quién es este Jesucristo que después de 2000 años vuelve rejuvenecido, lo mismo que la Iglesia? De ahí la importancia de nuestro testimonio cristiano. Sería un error terrible que los cristianos nos cerrásemos en el templo. Hace falta ir por la calle, no para realizar una «democracia cristiana», sino para impulsar los valores del cristianismo, que son los valores del hombre. En este momento de confusión, ¿cómo podemos callarnos? Sin confesionalismos, sin fundamentalismos. Hace falta, sin embargo, que haya laicos maduros que se preparen y se formen. Sin ellos no hay posibilidad de una nueva evangelización, ni de una Iglesia-

comunidad adecuada a los retos del nuevo mundo. Hay por lo tanto un problema interior de la Iglesia, de comunión, de revaluación de los laicos, de manera que éstos obtengan la responsabilidad que hoy no tienen. Este es el proceso de transformación tan rico que estamos viviendo.

Ciertamente es muy dura la tarea que tenemos delante. Pero yo creo que ésta es la misión del cristiano, aunque sea poco lo que cada uno pueda aportar. Dios necesita de nuestro pequeño «sí» para que él pueda realizar sus grandes obras. Vivimos en una época histórica riquísima llena de sufrimientos, incoherencias y contradicciones, pero también llena de porvenir y de futuro.

Mi preocupación durante esta charla ha sido la de proporcionarles una manera de leer la crisis presente, para que tengamos en cuenta la gravedad de los problemas y sin miedo procuremos con nuestra fe y nuestra conciencia moral, trabajando juntos, que surja un mundo mejor. Aunque lo hagamos con nuestra pequeñez y nuestros pecados, merece la pena vivir una vida así, según la voluntad de Dios y las esperanzas de miles de hombres y mujeres que miran hacia nosotros y esperen nuestra entrega y nuestro testimonio.